

pecadores, para atraerlos á las puras atmósferas de la verdad y la virtud. Seguir los pasos de esa devoción y esa influencia bienhechoras en los caminos de la Iglesia, en la marcha de las generaciones elegidas, es hechizo de los espíritus elevados, de los corazones sensibles, de las imaginaciones poderosas. Del arcángel Gabriel recibió María los primeros saludos, los primeros homenajes; y ese rendido tributo del mensajero celeste, esa salutación humilde fué la estrella, el talismán que reveló á las almas los secretos de mundos sobrenaturales, la voz atractiva y sonora que en todos los tiempos y en todos los instantes solemnes del Cristianismo salió de labios de los Vicarios de Cristo y de todos los Pastores de la Iglesia Católica; porque ellos sabían bien que en aquellas concisas frases estaban condensados el elogio, el prodigio, la profecía, la preconización de la dignidad y la santidad de esa Virgen, y todos los arcanos de la Justicia Divina y todos los dones de la infinita Misericordia.

A la manera que los coros angélicos, en la Jerusalén de paz, repiten incesantemente su *Hosanna* al Dios tres veces Santo, los hijos del Evangelio vinieron pronunciando á toda hora estas dulces palabras: «Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres;» y comprendían bien que si la gracia divina iba inundando el corazón de los Santos, por ascendentes gradaciones, la Virgen María fué enri-

quecida desde el primer momento con todas las excelencias y todas las dádivas; que donde está el Dios de los cielos está todo lo que es Sabiduría, todo lo que es poder, todo lo que es amor, todo lo que es pureza, todo lo que conduce al alma á las perpetuas eternidades; y en aquella bendición singularísima consagrada á María, se ve resplandecer como el sol el privilegio de la candidez sin mancha, el perfume de la más blanda ternura, la suma de todas las generosidades, los tesoros de todas las virtudes.

Desde aquellos inolvidables momentos, la predilección y la alabanza, que venían directamente del cielo, hacen resonar sus ecos por todos los ámbitos del orbe, y la humanidad busca amparo y refugio ante el altar de la criatura iluminada por Dios, y en la que Dios habita, viéndose juntar allí cuanto de más rico y más noble puede haber en la existencia humana: razón, sentimiento, libertad del bien y la virtud, para entregarse, bajo protección tan alta, á la adoración de Dios, á la caridad de Dios, á la identificación con Jesucristo; porque los hombres de la Nueva Ley, filósofos, jurisconsultos, conquistadores, poderosos y necesitados, han aprendido en las revelaciones de su fe que Jesús, Verbo de Dios, está en María con toda la majestad de su Esencia, con todos los destellos de su Santidad, con toda la difusión de su Amor infinito.

Sí, Señor Excmo.: dominados por tanta gran-

deza, vencidos por tantas dulzuras, alumbrados por esa fúlgida Estrella de los mares del mundo, los legisladores mejoraron sus Códigos, los Reyes aumentaron su fervor y sus ofrendas, los guerreros se tornaron humanos y compasivos, la mujer ¡ah! la mujer, sobre todo, recobró la dignidad y los derechos que las falsas religiones le habían arrebatado, y sobre ella deriváronse tan copiosamente las hermosuras que la naturaleza divina puso en la naturaleza humana, con la Encarnación del Verbo, y retratáronse por tal modo las prerrogativas de María, que las mujeres del Evangelio superaron inmensamente á las mujeres bíblicas, y la Iglesia las colocó é invocó en sus altares, el hombre de guerra las honró y sublimó en el torneo y en la batalla, el trovador las cantó á las puertas del templo y de la ermita y ante los muros del almenado castillo. Así, desde aquellas ruinas del Palatino, donde se alzó orgullosa un día la morada de los Césares, hasta los más apartados confines del Nuevo Mundo, se levantarían tantos millares de santuarios en honor de la Madre de Dios y Madre de los hombres: ya la Basílica erigida por los Pontífices de los primeros siglos; ya aquellas Iglesias de Éfeso, donde parecía vagar la figura venerable de Juan Evangelista; ya los templos de Jerusalén y de Constantinopla, que hicieron tan conocida la piedad y tan amable el recuerdo de la santa madre del emperador Constantino; ya las catedrales famosas que en la

antigua Isla de los Santos, en la Francia Cristianísima, en la Católica España, excitan la fe y el entusiasmo á un tiempo, como lo excitan tantas otras de Italia y de Alemania: y todos estos lugares, adornados profusamente con las creaciones más portentosas del genio en todas las esferas del arte; y, lo que es todavía más hermoso, más elocuente y conmovedor que esas bóvedas anchurosas, y esas columnas esbeltas, y esos arcos atrevidos, y esas torres altísimas, ver que sobre el pavimento de esos sitios consagrados se congregan millares de almas fervorosas que ofrecen sin cesar sus ofrendas, sus ex-votos, sus oraciones eucarísticas, como irrecusables testimonios de su fidelidad y reconocimiento.

He concluído, Excmo. Señor; y para resumir las ideas de este Discurso, diremos que colocarse el hombre frente á frente de los eternos arcanos con las solas fuerzas de su razón finita, es soberbia y delirio; mas cuando él reflexiona, con el auxilio de la fe, que todo dogma católico se resuelve en amor, que todos los grandes amores de la Religión de Cristo se resuelven en algún misterio sublime, su inteligencia alcanza desde luego que si los secretos sobrenaturales son superiores á nuestro conocimiento y discurso, jamás dicen contradicción alguna con una razón serena y un criterio sensato. Por eso, de grado en grado, de resplandor en resplandor y por lógicas conclusiones, llegamos hasta á vislumbrar algo de aquella

economía adorabilísima de la Unidad de la Esencia de Dios en Tres Personas distintas, fundamento de los mundos creados, esperanza de las generaciones pecadoras, correspondencia de entendimiento y amor en todo ser real y viviente, origen de un Mediador Divino, Verbo Eterno encarnado, que se dignó vivir entre los hombres, dejándoles ver su gloria, como de Unigénito del Padre (1).

Nuestro corazón y nuestra alma se encuentran luego con la Criatura dulce y bendita predestinada para dar vida corpórea á ese Redentor del mundo; y las claridades aumentan, y la razón se ilumina, y el espíritu se dilata, remontándonos á esas esferas celestes, donde todos los cielos, todos los soles, todos los astros, todos los ángeles y los bienaventurados disputan á porfía el honor y el júbilo de ensalzar á la Santa Madre del Verbo, y en cuyas meditaciones sentimos más y más penetrada y ennoblecida nuestra naturaleza con los reflejos de la dignidad de esa amorosa Virgen. Y descendiendo luego al recinto de los templos cristianos y á los senos del hogar piadoso, en que la devoción de María, la Imagen de María, nos elevan á aquellas cimas de la fe, donde lo finito se confunde con lo infinito, y se respiran atmósferas de paz inalterable, la inteligencia, y el corazón, y el ánimo, y todo nuestro ser disfrutan ya para siem-

(1) Joan., I, 14.

pre de aquel gozo sin nombre del espíritu que no se pierde nunca, ni aun en el paroxismo del dolor y de las tribulaciones más intensas.

Considerando, finalmente, la Encarnación del Hijo de Dios y la Maternidad de la Virgen María en sus hermosos frutos, los corazones religiosos y tiernos, los entendimientos humildes y sencillos sumérgense en océanos de luz y de amor, acercándose á la naturaleza angélica, contemplando atónitos y extasiados aquellos dioses del Gentilismo que huyen, aquellos templos paganos que se derrumban, aquella humanidad que renace, aquellos operarios de la Nueva Ley que se inmolan por la verdad y el bien, aquellos Doctores que parecen inspirados del cielo, aquellas Vírgenes de los claustros, cándidas como palomas; aquellas almas puras ó arrepentidas que, postradas ante los Tabernáculos del Dios vivo, recogían en el Pan eucarístico la más alta participación de la naturaleza humana del Salvador Jesús, y alegrías y consolaciones que eran ya como prenda y como semejanza de las delicias de la Jerusalén triunfante en la mansión de los escogidos.

Vamos, pues, hermanos míos, á fijar ahora nuestras postreras miradas en esa privilegiada Virgen, cuya Anunciación venturosa es el principal objeto de la Festividad solemnísimá que hoy celebra la Iglesia. Vivir de la fe, del amor y del culto de la angelical María, es vivir de las verdades divinas, de los amores divinos, de la natura-

leza divina unida á la humanidad de Cristo en las entrañas de María, y comunicadas á nuestro corazón en encarnaciones incesantes de caridad y de luz. Venerar á María, ensalzar á María, pensar constantemente en María, es sublimar la razón para que no pierda jamás la verdad religiosa, y hasta para poseer más fácilmente la verdad científica; es escudarnos contra las corrientes del progreso material y mecánico de nuestros días, no siempre inspirado ni santificado por la moral y la virtud cristianas; es alejarnos victoriosamente de esas pasiones y esos torbellinos del mundo, donde los egoísmos aterran, y las envidias matan, y los lujos enloquecen, y las rivalidades arruinan; es fijar la mirada del espíritu en los cielos, de los cuales María es Reina con la Trinidad Augusta; es proponerse, con resolución firme y segura, imitar las virtudes de esa Virgen Purísima, contemplándola en el retiro donde ora, siguiéndola en el hogar donde edifica, respirando el aroma de humildad que ella despide, difundiendo la caridad que ella atesora, mostrando las aureolas mil que la circundan, exhalando, en fin, el último suspiro entre las oraciones de la Iglesia, y en el recuerdo y en la gracia del amoroso Jesús, que nos espera á la diestra de su Padre para gozar con Él de la eternidad de su gloria.

ASÍ SEA

SERMÓN  
SOBRE EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN  
DE NUESTRA SEÑORA